

## ÉTICA DE OBLIGACIONES, ÉTICA DE LA FELICIDAD

### Jesús y Moisés

En tiempo de Jesús, el judaísmo helenístico había hecho de Moisés un héroe, un genio. Los judíos de Palestina, por su parte, veían en Moisés el autor inspirado de los cinco libros de la Torá (la Ley divina) (Mt 22, 24; Mc 10, 3 s; Lc 20, 28; Mc 7, 10), el mediador supremo de la Ley entre Dios y el pueblo (Jn 7, 19. 22; Rm 9, 15; 10, 5; cf. Gen 3, 19), el maestro definitivo (Mt 8, 4; Mc 1, 44; Lc 5, 14; Mt 23, 2; Jn 7, 22 s), el profeta por excelencia cuya venida se esperaba (Hech 3, 22; 7, 37)<sup>1</sup>. Tanto estimaban los judíos de aquel tiempo a Moisés que esa estima resultó ser un serio impedimento para reconocer y aceptar lo que se afirmaba en los hechos y en las palabras de Jesús (Jn 5, 45-47; 9, 28-29; 2 Cor 3, 12-15).

Frente a esta actitud del judaísmo de entonces, lógicamente comprensible, los cristianos tuvieron desde el primer momento, la firme convicción de que Jesús era superior a Moisés. En este sentido, la afirmación del prólogo del evangelio de Juan es tajante: “La ley se dio por medio de Moisés, la gracia (*járis*) y la verdad (*alétheia*) se hicieron realidad en Jesús el Mesías” (Jn 1, 17). Si se piensa despacio, lo que se afirma con esta sentencia es algo que resulta muy fuerte. Porque, en realidad, lo que ahí se viene a decir es que la misión de Moisés fue traer obligaciones y deberes, algunos de ellos muy pesados, ya que eso era la

---

1. X. Léon-Dufour, *Diccionario del Nuevo Testamento*. Bilbao, Desclée De Brouwer, 2002, 415.

ley para los judíos de entonces, una carga tan pesada como un “yugo”<sup>2</sup>. Y fue de esta carga y de este yugo de lo que Jesús vino a aliviar a la gente, para hacer soportable la religión y la vida (Mt 11, 29-30), como explican acertadamente los mejores comentarios al evangelio de Mateo<sup>3</sup>. Una idea que, desde diversos puntos de vista, estaba bien asimilada entre los primeros cristianos, que siempre vieron la superioridad de Jesús con respecto a Moisés (Mt 17, 2 par; Hech 7, 20-40; 13, 38; 26, 22; Heb 3, 2 s).

Como es lógico, para un cristiano, que consideraba a Jesús como el Hijo de Dios, esta superioridad de Cristo sobre Moisés tenía que resultar algo enteramente comprensible. Pero la contraposición entre Jesús y Moisés en el cristianismo primitivo tuvo sin duda una explicación más inmediata y hasta más comprensible. Para cualquier judío, Moisés fue y es un libertador, ya que sacó a los israelitas de la esclavitud de Egipto, un hecho que estaba muy presente en la memoria de todos los judíos piadosos. De esta mentalidad participaban también los cristianos de la primera hora, como explica detenidamente el primer mártir Esteban en su largo discurso antes de ser asesinado (Hech 7, 11-40). Pero, como es bien sabido, Moisés no fue sólo el libertador, sino que además fue el legislador. Por eso, a Esteban precisamente lo acusaban de blasfemar contra Moisés (Hech 6, 11) y de hablar contra la Ley (Hech 6, 13). Moisés y la Ley estaban estrechamente vinculados en la mentalidad religiosa de los israelitas.

Pues bien, la gran innovación del cristianismo consistió en anunciar a los hombres religiosos de este mundo que estamos liberados de la Ley. Es la idea que apunta ya el evangelio de Lucas cuando afirma: “La Ley y los Profetas llegaron hasta Juan (Bautista), desde entonces se anuncia el reino de Dios” (Lc 16, 16). Y es, sobre todo, la tesis que desarrolla y amplía san Pablo, de forma que, cuando él habla de la liberación de la Ley, se refiere sobre todo a la Ley que fue revelada por Dios a Moisés en el Sinaí, es decir, se refiere al decálogo (Rm 2, 17-23; 7, 7; 13, 8-10; Gal 5, 14; 3, 10. 17. 19; 4, 21-22)<sup>4</sup>. Por eso se ha dicho y se ha

2. Cf. J. M. Castillo, *El Reino de Dios. Por la vida y la dignidad de los seres humanos*, Bilbao, Desclée De Brouwer, 2000, 55-61.

3. Las referencias bibliográficas, en J. M. Castillo, *El Reino de Dios*, 59, nota 19.

4. J. M. Castillo, *Símbolos de libertad*, Salamanca, Sígueme, 1981, 272-279.

demostrado, con los más serios argumentos, que el apóstol Pablo anunció la abolición de la Ley. Y también el cumplimiento o plenitud de la Ley, que, según la fe cristiana, se realiza en el amor al prójimo (Gal 5, 14; 1 Cor 7-19; Rm 2, 25 ss; 3, 31; 8, 4; 13, 8-10)<sup>5</sup>.

Por eso cuando, en el relato de la transfiguración (Mc 9, 2-13 par), aparecen junto a Jesús Moisés y Elías, cosa que entusiasma a Pedro, se dice que, al aparecer la nube (símbolo bíblico de la presencia divina), los discípulos no vieron nada más que a Jesús solo (Mc 9, 8 par). Y la voz del cielo dijo: “Este es mi Hijo a quien yo quiero, escuchadlo” (Mc 9, 7). Moisés ha desaparecido. Sólo queda Jesús. Es decir, ha desaparecido la Ley y solamente nos queda el Evangelio. Desde el punto de vista del mensaje ético de Cristo, ¿qué sentido tiene esto? Con esta pregunta estamos tocando una de las cuestiones más fundamentales del mensaje moral de Jesucristo. Es lo que vamos a ver a continuación.

### No preceptos, sino dicha y alegría

El evangelio de Mateo empieza su relato del sermón del monte diciendo: “Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó y se le acercaron sus discípulos. Él abrió su boca y les enseñaba diciendo:” (Mt 5, 1-2). A continuación, Jesús expone su programa, las *bienaventuranzas* (Mt 5, 3-12). Probablemente, la forma del relato contenga una alusión a la subida de Moisés al monte Sinaí (Ex 19, 3. 12; 24, 15. 18; 34, 1 s. 4). También la conclusión del sermón del monte evoca esos textos alusivos a Moisés<sup>6</sup>. En este sentido, se ha dicho, seguramente con bastante acierto, que Jesús, al subir al monte de las bienaventuranzas, “asume la función de un nuevo Moisés”<sup>7</sup>. Sea lo que sea de este punto concreto, es seguro que Jesús, en el sermón del monte, promulga su programa. Un programa ético. Pero un programa que se diferencia sustancialmente del que promulgó Moisés en otro monte, el Sinaí. Moisés allí promulgó

5. Th. R. Schneider, *The Abolition and Fulfillment of the Law in Paul*. Journal for the Study of the New Testament 35 (1989) 47-74.

6. U. Luz, *El evangelio según san Mateo*, I, Salamanca, Sígueme, 1993, 276. Cf. J. Jeremias: TWNT IV, 875.

7. J. Mateos, F. Camacho, *El evangelio de Mateo*, Madrid, Cristiandad, 1981, 52.

*mandamientos*, mientras que Jesús, en el monte de Galilea, anunció *bienaventuranzas*. O sea, hemos pasado de una ética de *deberes y obligaciones* a una ética de *felicidad y dicha*. Aquí está la sorprendente innovación del proyecto moral que nos ofrece Jesús. Joachim Jeremias dijo, con toda razón, que el Sermón del Monte no es Ley, sino Evangelio. De forma que la diferencia entre lo uno y lo otro es ésta: “la Ley pone al hombre ante sus propias fuerzas y le pide que las use hasta el máximo; el Evangelio sitúa al hombre ante el don de Dios y le pide que convierta de verdad ese don inefable en fundamento de su vida. Dos mundos”<sup>8</sup>.

No se trata, por supuesto, de que Jesús suprimió los mandamientos, como si ahora estuviera permitido matar, robar, mentir o adular. No es nada de eso. Lo que pasa es que las bienaventuranzas van mucho más allá de todo cuanto significan (o pueden significar) los mandamientos. Porque las bienaventuranzas no se quedan en unos *límites* que no se pueden transgredir, sino que marcan unas *metas* que nunca vamos a llegar a alcanzar en plenitud. No son *prohibiciones*, sino *propuestas*. No son la *negación* de lo que no se puede hacer, sino la *afirmación* de lo que nos da vida y nos hace indeciblemente dichosos. Es el Evangelio, la “buena noticia”, el “tesoro” (Mt 13, 44) y la “perla” (Mt 13, 45 s), que llenan al ser humano de un gozo indecible.

En efecto, lo primero que aparece en las bienaventuranzas es que el programa de Jesús para los suyos es un *programa de felicidad*<sup>9</sup>. Cada afirmación de Jesús empieza con la palabra *makáριοι*, “dichosos”. Esa palabra significa, en griego, la condición del que está libre de preocupaciones y trabajos diarios; y describe, en lenguaje poético, el estado de los dioses y de aquellos que participan de su existencia feliz. Por consiguiente, Jesús propone la dicha sin límites, la felicidad plena para sus seguidores. Dios no quiere el dolor, la tristeza y el sufrimiento. Dios quiere precisamente todo lo contrario: que el ser humano se realice plenamente, que viva feliz, que la dicha abunde y sobreabunde en su vida.

Jesús, por lo tanto, comprendió que el medio más eficaz y más directo para acercarse a Dios, y para que cada cual sea lo que tiene que

---

8. J. Jeremias, *Palabras de Jesús*, Madrid, Edic. Fax, 1969, 99.

9. J. M. Castillo, *Teología para comunidades*, Madrid, San Pablo, 1990, 337. con bibliografía sobre este asunto.

ser, no es *establecer prohibiciones*, sino *hacer propuestas* de lo que más y mejor encaja con nuestra condición humana, con aquello que más deseamos y apetecemos. En definitiva, se trata de sustituir los *mandamientos que prohíben lo malo* por *ofertas que atraen hacia la felicidad*. Jesús no dice: “No hagas esto porque, si lo haces, te condenas”. Sino que propone: “Si vives de esta manera, serás feliz”. Sin duda, esto último es más atractivo y resulta más eficaz que lo anterior. Por eso, en sana lógica, debería ser más determinante en nuestras vidas. Y, sin embargo, por regla general, la cosa no es así. ¿Por qué?

### La sorprendente lógica de las bienaventuranzas

El problema que plantean las bienaventuranzas consiste en que el camino que proponen, para alcanzar la felicidad, resulta extraño y sorprendente, al menos a primera vista. Porque las bienaventuranzas indican que son felices las personas que no reúnen las condiciones que todo el mundo considera indispensables para ser feliz. Decir que los “pobres”, los que “sufren”, los que “tienen hambre y sed”, los que viven “perseguidos”, todas esas gentes son los “dichosos” de este mundo, aquellos a los que se puede calificar como los *makáριοι*, los auténticamente felices, eso parece sencillamente un despropósito y seguramente también una burla y hasta un sarcasmo. ¿Se puede afirmar todo eso en serio? Y si es que se dice en serio, ¿qué sentido hay que darle y qué alcance tiene?

Los estudiosos del evangelio de Mateo han discutido este asunto. Por supuesto, todos están de acuerdo en que la promesa de felicidad que ofrecen las bienaventuranzas no se refiere exclusivamente a la “otra vida”. Es decir, no se trata de una promesa de felicidad para después de la muerte. Jesús habla, ante todo, de *la felicidad en esta vida*. Pero, ¿en qué consiste ese programa de felicidad? Hay quienes se inclinan a pensar que en las bienaventuranzas se nos ofrece la *promesa de la gracia*, es decir, los más desgraciados de este mundo son dichosos porque la gracia generosa de Dios los hace felices. Es la explicación que prefieren, sobre todo, los estudiosos de la Biblia de origen protestante. Otros autores piensan, más bien, que las bienaventuranzas son una *exhortación ética*, no estructurada a partir de unas normas, sino de unos ideales de

orden moral que entrañan exigencias de desprendimiento y generosidad que van más allá de toda ley y que piden mayor entrega que cualquier norma por perfecta que sea. Es la idea que, de una manera u otra, difundieron los autores cristianos de la antigüedad, los teólogos medievales y, actualmente, la mayoría de los católicos<sup>10</sup>.

Lo que pasa es que estas dos explicaciones no acaban de convencer e incluso presentan serias dificultades. Porque, si se trata de una *promesa de gracia*, como prefieren los autores de matriz protestante, eso nos vendría a decir que nuestra felicidad queda a merced de lo que Dios nos quiera dar. Es decir, la felicidad no sería algo sencillamente “humano”, sino “sobrehumano”, de carácter divino y trascendente, una cosa que no está a nuestro alcance y que, en definitiva, no sabemos en qué consiste ni por qué nos la da Dios. Y si es que se trata de una *exhortación ética* de altísimas exigencias y sublimes renunciaciones, como postulan los autores católicos, entonces nos encontramos con algo que resulta aún más difícil de entender y más complicado a la hora de ponerlo en práctica. Porque, en última instancia, eso vendría a decirnos que lo que a todo el mundo le hace sufrir (la pobreza, el hambre, el llanto...), al cristiano le da alegría y, sin saber cómo ni por qué, las situaciones humanas que a cualquiera le producen infelicidad, desdicha y tristeza, a los seguidores de Cristo les causan sorprendentemente la felicidad y la alegría más grande de este mundo. No hay que discurrir mucho para darse cuenta que hace falta comulgar con ruedas de molino para creerse esa historia o, si se prefiere, para aceptar semejante explicación. Lo más seguro es que el significado de las bienaventuranzas y, por tanto, del programa de Jesús, es menos rebuscado, es algo más humano, más cercano a lo que entiende y vive cualquiera. Y, por supuesto, con un alcance quizá menos “espiritual” y menos “místico”, pero más cercano y más al alcance de cualquier persona de buena voluntad.

Para entender lo que acabo de indicar, hay que recordar, ante todo, que las bienaventuranzas hablan de la felicidad, no *en singular*, sino *en plural*. Es decir, Jesús no habla de la felicidad del *individuo*, sino de la felicidad referida a la *comunidad*, al grupo o, si se prefiere, a la *sociedad*. Jesús no dice “dichoso el pobre”, sino “dichosos los pobres”... Lo cual

---

10. Cf. U. Luz, *El evangelio según san Mateo*, I, Salamanca, Sígueme, 1993, 283-284.

está indicando, por lo pronto, que la felicidad que él anuncia y promete no es un asunto privado, sino compartido y, por tanto, Jesús comprendió desde el primer momento que *la felicidad no es una cuestión meramente individual, sino esencialmente social*. O, lo que es lo mismo, que la felicidad no se consigue *aisladamente*, sino *comunitariamente*. Lo cual no quiere decir que a Jesús no le interese la felicidad de cada uno. Lo que Jesús afirma es que la felicidad de cada cual está necesariamente condicionada por la felicidad de los demás con los que cada cual convive. En este sentido, se ha dicho con toda la razón del mundo que “la felicidad de la comunidad es la suma de las felicidades de los individuos que la componen”<sup>11</sup>. Y, a la inversa, se puede afirmar igualmente que la felicidad de cada individuo es el resultado de un ambiente, de un clima social, en que el aire de familia es la felicidad. Así entiende Jesús la dicha, la “bienaventuranza” de cada uno y de todos. Porque Jesús no habla a individuos solitarios, sino a personas que viven asociadas y vinculadas socialmente en una forma de convivencia, en un sistema que, para bien o para mal, condiciona a todos.

Ahora bien, a partir de este planteamiento se comprende todo lo demás. En efecto, Jesús empieza hablando de “pobres”, es decir, para explicar su proyecto de felicidad, *lo primero que plantea es la relación con el dinero*. A eso se refiere la primera bienaventuranza, en su formulación más escueta y más original, que, según los expertos, es la del evangelio de Lucas: “Dichosos los pobres” (Lc 6, 20), sin más. Sabemos que Mateo añade la referencia al “espíritu” (Mt 5, 3), con lo que le quitó el “filo paradójico” a la bienaventuranza tal como la pronunció Jesús<sup>12</sup>. Pero también es cierto que esta matización de Mateo protegió la promesa de Jesús de la posible interpretación errónea según la cual la mera carencia de bienes, por sí sola, proporciona la dicha, la felicidad perfecta, lo cual es falso, como lo demuestra sobradamente la experiencia de todo el mundo y de todos los días.

Esto supuesto, la pregunta que a cualquiera se le ocurre es la siguiente: ¿por qué Jesús, para exponer su proyecto de felicidad, empieza por

---

11. J. Larios Ramos, en la Introducción a la traducción española de la obra de J. Bentham, *Fragmento sobre el gobierno*, Madrid, Aguilar, 1973, XXII.

12. H. Balz, *Ptochós*, en H. Balz, G. Schneider, *Diccionario Exegético del Nuevo Testamento*, II, Salamanca, Sigueme, 1998, 1262.

los “pobres”, es decir, por los que carecen de dinero y de bienes en general? Lo cual supone y plantea otra cuestión quizá más punzante: ¿quiere esto decir que, para ser felices, lo primero que hay que hacer es quedarse sin un céntimo y vivir pobres como las ratas? Confieso que, cuando pienso en estas cosas, me pone nervioso la lectura de algunos teólogos que enseguida se suben a las nubes y pretenden explicar lo que dijo Jesús asegurando que cuanto más nos privemos de los bienes de este mundo, más felices vamos a ser. Pero como resulta que ese planteamiento no cuadra, entonces los que se dan cuenta de que eso, dicho así y sin más, es un disparate, se suben más alto todavía, más allá de las nubes, y se ponen a hablar, no de la *felicidad* (que es de lo que habla Jesús), sino de la *salvación*, con lo cual despachan el asunto por la vía rápida del recurso a una cosa que nadie sabe exactamente en qué consiste, ni cuándo, ni cómo se va a alcanzar. Con lo que nos quedamos como estábamos, es decir, sin entender las bienaventuranzas de Jesús.

### Riqueza y felicidad

Si tenemos en cuenta lo que acabo de indicar, parece razonable empezar hablando de cosas más concretas. No hace mucho, el profesor Richard Layard, uno de los economistas más conocidos en el Reino Unido y fundador del principal centro de investigación económica de Europa, adscrito a la London School of Economics, ha escrito algo que, tal como estamos educados y los criterios que nos han metido en la cabeza, resulta sorprendente. Dice este autor, de manera quizá provocativa: “Una paradoja preside nuestras vidas. La mayoría de la gente quiere aumentar sus ingresos y lucha por conseguirlo; pero, no obstante, aunque las sociedades occidentales se han hecho más ricas, las personas que las forman no son más felices”<sup>13</sup>. Es decir, tenemos más comida, más ropa, más coches, casas más grandes, más calefacción central, más vacaciones en el extranjero... y, sobre todo, más salud. Sin embargo, no somos más felices<sup>14</sup>. Advierto que no se trata de una ocurrencia original. Estamos ante un hecho empíricamente confirmado

---

13. R. Layard, *La felicidad. Lecciones de una nueva ciencia*, Madrid, Taurus, 2005, 15.

14. L. c.

por los estudios comparativos más serios, al menos si la situación actual se compara con lo que ocurría en 1950. Los datos más fiables que poseemos de tres sociedades bastante avanzadas, Estados Unidos, Gran Bretaña y Japón, así lo demuestran ampliamente<sup>15</sup>.

Como es lógico, la pregunta que esto plantea se refiere a la relación que, de hecho, existe entre *riqueza y felicidad*. ¿Se puede asegurar, sin más, que los ricos son más felices que los pobres? De acuerdo con lo que he dicho antes, tenemos que contar con un hecho comprobado por la experiencia: en cualquier sociedad, los ricos son efectivamente más felices que los pobres, pero tan cierto como eso es que, con el paso del tiempo, también ocurre que las sociedades más ricas no son más felices que las sociedades más pobres. ¿Cómo se explica esto? Por una razón que es perfectamente comprensible y que se puede resumir diciendo que *los ingresos que percibimos representan mucho más que un medio para comprar cosas. También utilizamos nuestros ingresos, mediante su comparación con los de los demás, como una medida de cómo somos valorados*<sup>16</sup>. Es decir, una persona se siente mejor cuando le suben el sueldo, no sólo porque, al ganar más, se va a poder comprar más y mejores cosas, sino quizá sobre todo porque, al tener un sueldo más alto, él mismo se siente más importante y se ve a sí mismo como una persona de más categoría que quienes ganan menos que él. Por eso es cierto que la única situación, en la que estamos dispuestos a aceptar un recorte de nuestro sueldo, es cuando a los demás les pasa lo mismo. De ahí que cada individuo, cada familia, suele elaborar lo que se llama su "grupo de referencia"<sup>17</sup>, es decir, el grupo humano con el que, de forma constante e inconsciente, establece comparaciones que le sirven para medir su nivel, su categoría, su importancia. Por ejemplo, cuando la gente compara sus sueldos, lo hace generalmente con otros semejantes a los suyos, no con los de las estrellas de cine o con lo que ganan los grandes banqueros. De la misma manera que la gente de clase media nunca se compara con lo que pueden ingresar cada día los más desfavorecidos socialmente.

---

15. Los porcentajes y fuentes de donde están tomados, en R. Layard, o. c., 237, notas 1, 2 y 3.

16. R. Layard, o. c., 53.

17. O. c., 54.

De todo esto se deduce un criterio, más aún, un principio que es bastante iluminador: La “percepción de nuestros *ingresos relativos*” demuestra ser más importante que nuestros *verdaderos ingresos*. Y es que se han hecho estudios serios que ofrecen evidencias claras de que *el incremento de los ingresos de los demás afecta negativamente a nuestra felicidad*<sup>18</sup>. Lo cual demuestra claramente que el verdadero motor de nuestra felicidad no es el dinero, la riqueza, y lo que la riqueza proporciona directamente, que es el poder de comprar cosas y acumular bienes, sino algo más íntimo e inconfesable, algo de lo que casi nadie nunca habla, pero que todo el mundo siente secretamente y que es sencillamente *la oscura satisfacción de sentirse superior y más importante que otras personas con las que constantemente (y sin darnos cuenta) nos estamos comparando a todas horas*. Cuando una persona, en ese ejercicio de comparación, se ve superior a su compañero de trabajo, a su vecino, a su pariente, a quien sea, entonces es cuando experimenta una forma de felicidad que es, seguramente, la felicidad más secreta y más profunda de su vida. Es así como y cuando se siente mejor. El problema está en que llegar a este momento no es frecuente. Ni es fácil. Porque, por lo general, en la vida tenemos motivos sobrados como para que este tipo de comparaciones nos resulten frustrantes. Por eso se ha dicho, con bastante razón, que las personas son más felices si son capaces de apreciar lo que tienen, sea lo que sea; *si no se comparan constantemente con los demás*<sup>19</sup>. He aquí un dato que es determinante en nuestra vida. ¿Por qué?

### El deseo y la “mimesis”

Los seres humanos, cuando venimos a este mundo, nos integramos en la convivencia humana, es decir, nos socializamos. Y nos integramos en la sociedad y en la convivencia porque el motor que nos moviliza es el mecanismo de la “*mimesis*”, la “imitación”. El niño imita lo que ve y lo que oye en sus padres y, en general, en su entorno. Así aprende un

---

18. Cf. A. Clark y A. Oswald, *Satisfaction and comparison income*: Journal of Public Economics, 61 (1996) 359-381; A. Stutzer, *The role of income aspirations in individual happiness*: Journal of Economic Behavior and Organization, 54 (2003) 69-109. Cf. R. Layard, o. c., 240-241.

19. R. Layard, p. c., 80.

lenguaje, unas costumbres, unas pautas de comportamiento, unos valores, todo. Ahora bien, la *imitación* de los demás desencadena inevitablemente el *deseo* de tener lo que tienen los demás. Por eso, en la vida de los seres humanos, entra la experiencia del deseo como elemento determinante y hasta decisivo en la convivencia de las personas y de los grupos. Este es uno de los argumentos decisivos que, como ya he dicho antes, ha analizado con notable perspicacia René Girard<sup>20</sup>. Pero, como es lógico, en la medida en que la imitación lleva al deseo, en esa misma medida la imitación lleva también a la *rivalidad* y ésta a la *violencia*<sup>21</sup>. Por esto se comprende la enorme peligrosidad que entraña el deseo y la rivalidad que produce entre los seres humanos. Hay que decirlo una vez más. Porque es una de las claves de la vida. Y de lo que ahora mismo está ocurriendo en la atormentada vida de este mundo: en el “deseo” está la raíz de las rivalidades, los enfrentamientos y las violencias de todo tipo que incesantemente generan conflictos, confrontaciones, sufrimiento y muerte.

Por esto se comprende que el último mandamiento del decálogo, según la Biblia, en lugar de prohibir una *acción* (matar, robar, mentir...), lo que prohíbe es un *deseo*: “No desearás la casa de tu prójimo, no desearás su mujer, ni su siervo, ni su criada, ni su toro, ni su asno, ni nada de lo que a tu prójimo pertenece” (Ex 20, 17). Esta prohibición, aunque enumera una serie de realidades deseables (la casa, la mujer, el siervo, la criada, el toro, el asno...), es una prohibición que no tiene límite alguno, puesto que termina refiriéndose a “cualquier cosa que a tu prójimo pertenece”. Es decir, como indica Girard, lo que aquí se prohíbe es el “deseo común a todos los hombres, el deseo por antonomasia”<sup>22</sup>. Y la razón de semejante prohibición sin límites está en que sólo así se puede resolver el problema número uno de toda comunidad humana: la

---

20. R. Girard, *Veo a Satán caer como el relámpago*, Barcelona, Anagrama, 2002, 23-24; R. Schwager, *Brauchen wir einen Sündenbock?*, München, Kösel, 1978, 89; J.-M., Oughourlian, *Un mime nommé désir*, París, Grasset, 1991, 38-41; A. Llano, *Deseo, violencia, sacrificio. El secreto del mito según René Girard*, Pamplona, Eunsa, 2004, 95-101.

21. P. Ruiz Lozano, *Antropología y religión en René Girard*, Granada, Facultad de Teología, 2005, 60.

22. R. Girard, *Veo a Satán caer como el relámpago*, 24.

rivalidad y, con ella, la violencia. De manera que un grupo humano, en el que no se reprime semejante agresividad, “el final sólo puede ser uno: la muerte”<sup>23</sup>. Lo cual es cierto hasta tal punto que “para mantener la paz entre los hombres, hay que definir lo prohibido en función de este temible hecho probado: el prójimo es el modelo de nuestros deseos”. Eso es lo que se suele designar como el “deseo mimético”, el deseo que nace de la imitación<sup>24</sup>. Aunque ya he hablado de esto, insisto en ello porque la gente no se suele dar cuenta de lo que esto representa en la vida. Primero, a gran escala, los conflictos internacionales y las guerras. Y a pequeña escala, las tensiones en las familias, entre los hermanos y amigos y en la convivencia diaria. Todo esto está más que probado. Pero, por desgracia, es poco sabido, de forma que casi nadie lo tiene en cuenta. Por eso nunca insistiremos bastante en ello.

### La genialidad de Jesús

A la vista de lo que acabo de explicar, se comprende lo que bien se puede calificar de auténtica “genialidad”, en las enseñanzas de Jesús. Porque, según el programa que el Evangelio presenta en las bienaventuranzas, Jesús no plantea su proyecto ético a partir de un mandamiento y, menos aún de una prohibición. Jesús no *prohíbe*, sino que *propone*. Quiero decir, no prohíbe la *violencia* y todo lo que presupone y conlleva la violencia (agresiones, injusticias, atropellos, sufrimiento y, muerte), sino que propone la *felicidad*: “Dichosos los pobres, los que lloran, los que sufren, los que tienen misericordia, los que trabajan por la paz...”. Es decir, para Jesús, lo que importa en la vida es *hacer feliz a la gente, vivir y actuar de tal forma que los demás (y uno mismo, como es lógico) se sienten más dichosos de haber nacido*. Por eso las bienaventuranzas se refieren a situaciones de la vida en las que la gente sufre, en las que no se suele ser feliz: los pobres, los que lloran, los sometidos, los que tienen hambre y sed de justicia (Mt 5, 3-6), los que viven perseguidos (Mt 5, 10), los que reciben insultos, persecuciones y calumnias (Mt 5, 11). Como igualmente las bienaventuranzas hacen referencia a los que

23. P. Ruiz Lozano, o. c., 60.

24. R. Girard, *Veo a Satán caer como el relámpago*, 26.

prestan ayuda (Mt 5, 7), a los que tienen un corazón limpio y bueno (Mt 5, 8) y a los que trabajan por la paz (Mt 5, 9). Por supuesto, aquí Jesús no establece una casuística y menos aún un recetario de fórmulas de felicidad. Jesús describe un estilo de vida, una forma de ser y de vivir, que se expresa y se concreta, *no en unos preceptos (con sus consiguientes obligaciones), sino en unos anhelos de bondad (con la consiguiente felicidad que nos aportan)*. Así entendía Jesús la ética.

La experiencia histórica nos enseña que los mandatos y las prohibiciones tienen cada vez menos fuerza para modificar la vida de la gente, sobre todo si se trata de prohibiciones basadas en sanciones trascendentes que nadie puede verificar y que, por tanto, nadie está seguro de que tengan consecuencias reales y concretas en la existencia de cada día. Por poner un ejemplo, las autoridades eclesíásticas han repetido hasta la saciedad las prohibiciones (y sus consiguientes amenazas) sobre los pecados contra el sexto mandamiento. ¿Qué se ha conseguido con todo eso? Por supuesto, sabemos que hay personas reprimidas en ese orden de cosas. Y también personas abrumadas por escrúpulos y trastornos psíquicos, que intentan resolver en las consultas de los psicólogos y psiquiatras. Pero nadie puede poner en duda que la revolución sexual y la creciente libertad que se vive hoy, como fenómeno cultural, es algo que ni los documentos papales, ni las censuras canónicas, ni las diatribas de predicadores y confesores pueden frenar. Y es seguro que este asunto seguirá adelante, sea cual sea el punto de vista que cada cual tenga al respecto.

Por el contrario, es un hecho que la gente vive cada día con más fuerza la preocupación por las víctimas, la sensibilidad ante el sufrimiento, la resistencia ante las violencias. Pero, sobre todo, es evidente que la aspiración por ser felices, por verle sentido a la vida que se lleva, por sentirse mejor cada día, por gozar de la misma dignidad y los mismos derechos que tienen los demás, por verse y sentirse respetado y valorado, por percibir que los otros se interesan por ti y te quieren, todo eso es algo que tiene tal y tanta fuerza, que cualquiera que se presente con otro mensaje que no diga ni palabra de cuanto acabo de mencionar, en los tiempos que vivimos, y en los que se avecinan, está y estará llamado al fracaso.

## Una generosidad creciente

Para terminar, que nadie me diga que esta forma de presentar la moral sólo puede llevar al hedonismo, al laxismo y a la inmoralidad. Y si no se llega a tanto, no faltará quien diga que, al menos, este “invento” de la *ética de la felicidad* podrá servir únicamente para legitimar la propia comodidad, lo que nos resulta más fácil y lo que exige menos esfuerzo. En definitiva, una manera barata y estúpida de maquillar el propio egoísmo y la buena vida.

Yo no sé si a alguien se le ocurre pensar y decir todo esto. En cualquier caso, lo que (según creo) no admite duda es que todo mandamiento y toda prohibición *tiene unos límites*, a los que uno se ajusta y asunto despachado. Mientras que la búsqueda y el logro de la felicidad entraña y exige *una búsqueda sin límites*. Por eso, cuando nos las tenemos que ver con mandamientos y prohibiciones, aparecen enseguida los especialistas en cánones, leyes y preceptos, los leguleyos de turno, los encargados en delimitar hasta dónde hay que privarse de tal cosa o hasta cuándo hay que hacer tal otra. Se necesita “delimitar” el mandamiento. Para cumplir lo que hay que cumplir y nada más que eso. La historia de la moral católica está atiborrada de casos y circunstancias que hoy nos hacen sonreír con ironía. Por el contrario, si de lo que se trata es de lograr que el mundo y la vida sean de otra manera, para que hasta los más desgraciados se sientan dichosos, que eso es lo que nos dice Jesús en la bienaventuranza, entonces, ¡amigos míos!, trabajo tenemos. Y ahí es donde se ve hasta dónde llega la generosidad de una persona, la fe y la entrega de alguien a una causa que se toma en serio.

Seamos sinceros. Si no aceptamos esta forma de entender la ética, es porque nos da miedo asumirla como proyecto de vida. Porque, si es que esto se toma en serio, nos damos de cara con la sabia advertencia de Marcel Gauchet: “Brutalmente pasamos a una configuración donde la moral se vuelve central para la auto-constitución del individuo. No la moral como doctrina del sacrificio y sistema de deberes, sino la moral como el poder de rendir cuentas sólo a uno mismo de las razones para orientar la propia conducta”<sup>25</sup>. No se trata de privarse de esto

---

25. M. Gauchet, *La religión en la democracia*, Barcelona, El Cobre, 2003, 118-119.

o aquello. Ni tampoco de quitarse de encima tal obligación y así acallar la conciencia. Se trata de algo mucho más serio, más central en la vida, lo más central en la existencia: aquello que auto-constituye al sujeto, es decir, aquello que, si el sujeto carece de ello, sencillamente deja de ser el sujeto que tiene que ser. Por tanto, lo que está en juego no es dar cuenta a una autoridad religiosa o divina. Lo que hay que resolver es ser uno mismo el que tiene que ser. Y eso, si somos sencillamente humanos, no puede ser otra cosa que lograr que en este mundo haya menos sufrimiento y más felicidad.

Jeremy Bentham, poco antes de morir, envió una felicitación de cumpleaños a la hija de un amigo, en la que escribió esto:

“Crea toda la felicidad que puedas, suprime toda la infelicidad que puedas. Cada día te dará oportunidad de añadir algo al bienestar de los demás o de mitigar en algo sus dolores. Y cada grano de felicidad que siembres en pecho ajeno germinará en tu propio pecho, mientras que cada dolor que arranques de los pensamientos y los sentimientos de tus semejantes quedará sustituido por la paz y la alegría más hermosas en el santuario de tu alma”<sup>26</sup>.

Sin duda, se trata de un proyecto de vida que, si es que se toma en serio, exige una generosidad creciente, sin límite alguno. Pero que es, al mismo tiempo, una fuente inagotable de dicha, disfrute y esperanza.

---

26. Escrito el 22 de junio de 1830 y encontrado en el álbum de cumpleaños de la chica a la que fue destinado este texto. Citado en B. Parekh (ed.), *Jeremy Bentham, Critical Assessments*, vol. I, Londres, Frank Cass, 1974, pg. XVII. Cf. R. Layard, *La felicidad*, 271.